

neca que pueden alternar ó competir con los de los más sublimes filósofos cristianos: con los de san Agustín, san Jerónimo, san Gregorio Magno, san Juan Crisóstomo, san Leon, san Ambrosio, san Cirilo de Alejandría, san Cipriano, san Máximo, san Hilario, san Beda, san Bernardo y otros muchos.

No busqueis las opiniones de Séneca sobre la caridad, la discrecion, la limosna, el juramento, la juventud, la ley, la malicia, la mentira, el mérito, la obediencia, la perfeccion, la piedad, la sencillez, la soberbia, la usura y la utilidad; porque no habló de estas cosas, ó si habló de ellas, no son dignas de alternar sus sentencias con las de aquellos eminentes maestros.

Valerio Valeri, patricio veneciano, llamaba á Raimundo Lulio *el padre de todas las ciencias*, porque admirado de la gran dificultad de éstas para muchos y contemplando la variedad que tenían entre sí, deploró la miseria del hombre, que errando en el camino de la sabiduría por tan largo tiempo á costa de inmenso trabajo, sólo conseguia un confuso y exiguo conocimiento de las cosas, y en el deseo de libertar de este yugo á los cultivadores de las letras, y que con brevedad aprendieran, compuso el *Arte breve* y el *Arte magna*, y despues el *Arbol de la ciencia*, porque por aquéllos, segun le enseñó la práctica, pocos llegaban al conocimiento de la ciencia misma, á causa del singular y maravilloso artificio con que estaban escritos (1).

Raimundo Lulio, por cuyo *Arte* tantos notabilísimos escritores de Europa se rigieron, áun despues del Renacimiento de las letras (2), era un ferviente católico, no ménos enemigo de la lógica pagana de Aristóteles que de la de los hebreos y los árabes.

En filosofía Raimundo Lulio ha discurrido con tanta libertad y con tan ingenioso atrevimiento, como pudieran los racionalistas alemanes; sólo con la diferencia de que jamas se salió del amplísimo círculo del criterio cristiano.

Cuando habla de la creacion y de Dios, ¿cuál es su juicio? Un autor español (3) nos lo explica en esta forma:

(1) *Aureum sane opus in quo ea omnia breviter explicantur quæ scientiarum omnium parens Raymundus Lullus, tam in scientiarum arbore quam arti generali tradit.*

Autore Valerio de Valeriis Patricio Veneto et scientiarum amatore, an. 1389.

Augustæ Vindellicorum.

(2) El consejero Real Domingo Avengochea, aprobando el libro *Generalis et admirabilis methodus ad omnes scientias facilius et citius addiscendas in qua eximiis et piissime doctoris Raymundi Lulij Ars brevis explicatur*, autor el doctor Pedro Jerónimo Sanchez de Lizarazo (1612), enumera algunos de los que siguieron el sistema Luliano:

«Unus, utpote Dei spiritu illustris inventus à nobis, non ex supradictorum ordine, sed illis minime inventionem inferior; qui artem quandam meditata est, qua omnia possent scribi et disputari. Is fuit Raimundus Lullius, qui etsi puritati sermonis non studuit, artis tamen nostræ fundamenta iecit, et in quem plures ediderunt commentaria, ut Lupertus, Lavineta, et alij. Quorum singuli quædam propria addiderunt. Fuerunt et alij quam plurimi, qui artem potius noverunt eximij Lullij, quam commentariis illustrarunt. Et quod magis admirandum, fere impuberes hac arte freti, de omnibus rebus disseruerunt, paucissimisque mensibus doctissime evaserunt. Inter quos referunt *Daguenium, Medoratum, et Iacobum Ianuarium*, tota Italia celebratos. Quorum prior, cum anno trigessimo septimo etatis, vix prima hausisset literarum elementa, sex dumtaxat mensibus huic artificio incumbens, doctissimis viris miraculo est habitus. Alter autem cum septem peregisset lustra, à literis penitus alienus, tantum hæc arte profecit, ut sicut ex eius scriptis apparet, nulli Doctorum hominum sit posponendus. Addunt his eximios fuisse eadem ætate factos, *Ferdinandum Cordubam* hispanum, *Iacobum Fabrum* stapulensem, *Carolus Bovilium, Petrum, et Iacobum Canterios* germanos frisonos, cum unica sorore decenni in omni disci-

plinæ genere disserentes. Possemus his addere *Picum Mirandulanum, Angelum Politianum*, uterque enim, nescio num per hanc artem, disputare se posse de omnibus pollicebatur. Quod Picus, miraculum usque Romæ præstitit, integro anno publicè scientiarum omnium assertiones defendendo, ut ex eius scriptis apparet. Quibus authorem istum, unde hæc mutuata sunt, videlicet *Petrum Gregorium Tholosatem* virum præstantissimum, meritò adiungere possumus, propter prodigiosum ingenij acumen, quod ejus Syntaxis artis mirabilis, et ad illam doctissima et disertissima commentaria, clarissimo testantur.»

Raimundo Lulio no es bien juzgado por el Marqués de Saint Aubin en su *Traité de l'Opinion*, como tampoco por el autor de *L'Art de penser* (la lógica de Port-Royal, sea Arnauld ó Nicole quien lo haya escrito). Aquél no halla en la lógica de Lulio método alguno real; éste dice que sólo es propia para discurrir sin juicio sobre lo que no se sabe.

Saint Aubin añade lo siguiente:

«Pierre Montaus prétend que cette logique peu sensée a été copiée sur les écrits d'un philosophe arabe nommé Abézébron, qui la proposoit comme un moyen propre à embarrasser l'Antechrist, quand il viendrait au monde. Petr. Montaus, *De unius legis veritate*, c. 53. Raimond Lulle prétendoit expliquer le mystère de la Trinité par ces mots: *potentificans, potentificatum, et potentificabile; bonificans, bonificatum, et bonificabile; sapientificans, sapientificatum, et sapientificabile. Sapientificans*, disoit-il, c'est le Père; *sapientificatum*, c'est le Fils; *sapientificabile*, c'est le Saint Esprit. Comment un auteur, qui se servoit d'un aussi impertinent jargon, est-il devenu célèbre?»

(3) *Ars brevis V. M. B. Raymundi Lulli, tertii ordinis sancti Francisci, Doct. Illust. Mendis castigata, capitibus divisa atque scholiis locupletata, per reverendum patrem fratrem Franciscum Marzal.*

Palma de las Baleares, 1669.

«Toda la necesidad que hubo en Dios de criar al mundo, fué conseqüente á su decreto eterno, y por razon de éste solamente; porque á ninguna criatura es deudor, sino solamente á sí mismo, segun lo que tiene decretado, así en comun, como en particular, y es conforme á la identidad simplicísima de sus perfecciones divinas, que con toda uniformidad, y segun libremente quiere Dios, se comunican ordenadamente á las criaturas, conservando la diferencia en las naturalezas criadas, y haciendo ostentacion de sus misericordias en ellas, y ejercitando su altísimo poder, conforme á su querer y saber.

.....  
y todo lo que quiere es justo y razonable; puede por consiguiente ser justo y razonable lo que ahora no lo es, porque no lo quiere; y lo sería si lo quisiese. Pudiendo, pues, Dios ahora querer todo lo que pudo querer *ab eterno*; aunque no lo pueda querer con novedad, como advierte el maestro de las sentencias, r. d. 43, y deben conceder todos, hablando de la novedad en Dios, pues en la eternidad no puede haber novedad, aunque sí en el término, no solamente real, como todos confiesan, sino tambien intencional, segun el sentir de algunos; queda siempre el poder fisico y absoluto de Dios, libre en orden á todas sus criaturas, y sólo deudor á sí mismo, sin que por esta deuda se derogue algo de su poder, si se manifiesta la rectitud y summa perfeccion suya. De modo que el poder absoluto de Dios, aunque en sí prescinda del actual decreto libre, ó término de éste, no prescinda del mismo decreto virtual, ó de su entidad necesaria, por ser una misma simplicidad.

.....  
por donde debemos entender que Dios no solamente obra lo que tiene decretado, sino que decreta lo que es más razonable y concerniente á la equidad de su voluntad divina, la cual, como sea la misma rectitud, siempre obra aquello que es conducente á la mayor equidad de la razon.»

Un no ménos docto que discreto autor contemporáneo ha dicho que debiera, para inquirir las verdades, anteponerse en España el sistema filosófico de Lulio á los de los alemanes, sistemas nada conformes á nuestro carácter, á nuestras costumbres y á nuestras tradiciones (1). Entiendo lo mismo: el arte luliano, que tan seguido fué por muchos sabios, me parece preferible, más ingenioso y más apropiado á nosotros que el de los filósofos germanos de nuestros dias. Este no puede llevar las almas sino por las tinieblas, y para encubrir stras tinieblas la filosofía cristiana; en tanto que el de Lulio, confuso en los primeros momentos, viene á ser claro y llanísimo para la adquisicion de las verdades y para fortalecerse en las doctrinas de la sublime enseñanza moral.

Y despues de Lulio, ¿en qué consiste la grandeza de todos nuestros filósofos? En la uniformidad de su doctrina, que es la doctrina verdaderamente cristiana.

Por eso fueron grandes Raimundo Segunde, el Tostado, fray Bartolomé de las Casas, Granada, Leon, santa Teresa de Jesus, san Juan de la Cruz, Fox Morcillo, Huarte, Cano, Suarez, Soto y todos los eminentes pensadores de nuestra patria.

El cristianismo es lo que constituye la gloria real de nuestra patria, en sus sabios, en sus guerreros, en sus poetas y en sus artistas, ya durante la dominacion goda, ya en su lucha de siglos con el mahometismo, ya descubriendo y conquistando para la fe las inmensas regiones de América, ya en la pluma de Calderón por medio de sus *Autos sacramentales*, ya en el sentimiento tier-

(1) *Las doctrinas del doctor iluminado Raimundo Lulio*, por don Francisco de Paula Canalejas; Madrid, 1870. Así termina este preciosísimo opúsculo:

«La teología popular del siglo XIII, que Lulio expone, es el supuesto de la teología racional hoy enseñada por las escuelas teistas y espiritualistas de la Europa docta. Seis siglos de labor constante y de meditacion asidua han sido precisos para que la ciencia razone y acepte el testimonio de la conciencia humana, que siente á Dios en su seno.

»Si para la educacion filosófica de nuestro pueblo es ó no camino más llano y fácil el de exponer á Lulio interpretándolo latísimamente en el sentido moderno, que el importar enseñanzas extranjerías, muy propias de sajones ó germanos, pero antipáticas al genio de nuestra

raza y á la índole de nuestra inspiracion y de nuestra historia, es tésis que hoy no resuelvo, pero que confieso me solicita con energía, quizá por el vivo deseo que me anima de que no se borre el sello individual que presta tintas tan originales á nuestro arte, á nuestra ciencia y á nuestra religion.

»En lo político como en lo científico las nacionalidades constituyen un organismo, necesario para que la verdad se produzca en el trascurso de una edad, bajo todas sus fases y en todas sus maneras. ¿No se atenta á esta ley histórica, cediendo al deseo de copiar y reproducir lo extraño, sin consultar lo propio? ¿No es preferible renovar y rejuvenecer, que comentar, cuando el fin se alcanza mejor de aquella manera?»

nísimo de las pinturas del divino Morales, ya en el idealismo de Murillo, ya en la austeridad admirable de los monjes de Zurbarán, ya en las imágenes conmovedoras de Martínez Montañés.

Conformes con su patria, ¿qué es lo que distingue á los filósofos españoles? Su carácter y su historia se pueden reducir á estas palabras. Tenian en poco toda la vanidad del mundo, no se ensalzaban en su soberbia, se humillaban bajo la poderosa mano de Dios. Con esa filosofía se alegraban sus corazones, desterraban todo cuidado penoso, y henchian de ricas y grandes esperanzas el alma, con tan gran sublimidad, que la ve y no la acierta á describir.

Con memorables palabras escribían de la viva y espléndida caridad, comprendían todo con sosegada y también viva fe, prevalecía la razón filosófica del Cristianismo sobre los deseos insanos, expresaban cuanto delicadamente sentían de las miserias del mundo, según los fueros infalibles de la verdad; para excitar al seguimiento de la perfección cristiana; juzgaban que sus doctrinas excedían los límites de la naturaleza y de todo entender, pero con ellas sacaban discípulos de esclarecidas, excelentes, raras y aún heroicas virtudes; por todas partes en sus libros nos ponían claros avisos y eficaces desengaños.

Poseían el arte del bien hablar, porque atesoraban el arte del bien sentir; no aconsejaban que se detestase á los poderosos porque lo eran, sino porque no sabían serlo. Nos decían: « Si te olvidas de tí, ¿cuánto más te olvidarán los amigos después que hayas muerto? » También comprendimos en ellos que la vergüenza del malo será nuestra corrección, su pena nuestra enseñanza, su ira nuestra doctrina, cuán sin ociosidad ha de correr la vida nuestra; que ya que no tenemos incredulidad de Dios, no la tengamos de sus grandezas; que nuestras pasiones se reduzcan á sentir y agradecer, que la soberbia se confunde con sus propias obras, que no se debe errar el camino de la verdad y de la justicia, que para el mal siempre nos sobran deseos, que no sigamos siempre los dictámenes de nuestra engañada razón, que nos convenzamos de que la perfecta sabiduría consiste en un siempre querer y en un siempre no querer las cosas, según cuales ellas son, y en tener uno por suya la felicidad del prójimo, con la firme convicción de que la filosofía cristiana es la ciencia del bien pensar, la ciencia del bien decir y la ciencia del bien hacer, toda fundada en un amor tan dulce y poderoso, que en su dulzura y poder estriba la dicha, así del Criador como de la criatura. Esa filosofía no es aquella que quiere la honra sin la virtud y el premio sin el trabajo, sino la que convierte las turbulencias en alegrías y las miserias en bienandanzas.

Todas las soluciones de la ciencia, todas, sí, eran halladas por nuestros mayores dentro de la filosofía cristiana; de esa que aspira á que el hombre rodeado de carne mortal viva angélica vida, que al propio tiempo anhele morir y vivir; morir, por alcanzar las eternas venturas; vivir, para el bien de sus hermanos y hacer la voluntad de Dios; que sea no menos honrado que abatido, no menos sabio que sencillo, no menos rico que pobre, no menos fuerte que débil, así animoso como pusilánime, feroz cuanto apacible, honrado por hermano de Cristo, abatido por no amar la soberbia del mundo; sabio, porque conoce el camino del bien y de la salvación, y sencillo, porque cree y no ve lo que cree; rico, porque en él se alberga la caridad, y pobre, porque da cuanto tiene á los menesterosos; fuerte, porque vence sus pasiones; débil, porque se rinde á las fatigas corporales; animoso, porque no teme la muerte ni los peligros, y pusilánime, porque le pesa la vida y nunca se ve seguro de sí; feroz, porque aborrece las culpas y las aborrece hasta en sí mismo, y apacible, porque desecha los pensamientos de rencor y de venganza; en las cárceles conserva la libertad, porque allí, como en todas partes, su alma es libre, y cuando se halla en libertad imagínase cautivo de ella; la alegría resplandece en su ánimo, aún en medio de las tristezas, la tristeza lo sorprende en las alegrías, en las fatigas encuentra su imaginación descanso, y en el descanso lo afligen las fatigas; es guerrero en la paz para combatir el mal, y es pacífico en la guerra para impedir ó aminorar sus horrores.

El ideal del Cristianismo es que vivan los hombres en tanta unanimidad, cual si todos tuviesen un alma y un corazón; corazón y alma de todos en Dios, doctrina que se dirige á que sigamos su virtud y su sabiduría.

¿Dejóse de analizar lo analizable dentro del Cristianismo cuanto desearon los antiguos filósofos españoles? No; de modo alguno.

FRAY LORENZO DE ZAMORA (1) escribió la *Apología por las letras humanas*, arguyendo á las Sa-

(1) *Monarquía mística de la Iglesia*, hecha en hieroglíficos sacados de humanas y divinas letras; 1.ª parte, Madrid, 1664.

gradas Escrituras con las Sagradas Escrituras y á Santos Padres con Santos Padres, para probar que en la filosofía se puede buscar la ciencia de Dios, ó por aquellos textos ó por los de las criaturas, fortaleciendo las verdades divinas á los ojos de nuestra flaqueza, con los argumentos de autores profanos que vengan á confirmar lo que la Iglesia enseña. Así combatió los errores de los que defendían dentro y fuera de España la opinión adversa.

Revístanse como se quieran los pensamientos; adóptense extrañas formas, hable la filosofía, lo mismo en Francia que en Inglaterra, en Alemania lo mismo que en Italia, un lenguaje nuevo.

¿Qué importa que se diga cuanto plazca, ya acerca de la emancipación humana, ya de que la autonomía de la voluntad deslindada por Kant ha restablecido la dignidad del hombre individual; sin hacer el sacrificio del orden en las sociedades, ya de la armonía del universo y de la elevación del alma y del genio y de la sublimidad moral y de la razón eterna, como la ciencia, como la libertad, como Dios?

Dejemos que se repita que la humanidad en nuestros días respira en una selva de ensueños, de poesía y de oro, y que el hada que en la selva habita es la libertad, y el númen señor de ella el derecho.

Si algunos pensadores extranjeros nos refieren sus aspiraciones enérgicas al contemplar la grandeza de los tiempos, su misión consoladora y el culto de la ciencia; si sueñan con que la centella eléctrica, que en un instante hace palpar con un mismo sentimiento los pueblos separados por el Océano y por las montañas, ha de realizar la íntima unidad social; si pretenden resolver el problema de la unión del mundo interno con el mundo externo; si prefieren engañarse mil y mil veces antes que perder una sola la confianza en la humanidad; si entienden que el sentimiento enérgico de la personalidad humana hace converger el mundo entero hácia el yo; si, en fin, se presentan las ideas con un idioma desconocido de nuestros padres, ¿en qué vienen á parar tan sorprendentes modos de decir?

Por más que la inventiva de la moderna filosofía se afane en el progreso y en la novedad y en la elevación de las palabras más que en la de los pensamientos, ¿á cuál fin ha de dirigirse? A la enseñanza moral.

Así como no se satisface de sus hombres, y se empeña en que un san Francisco de Asís, un Colón, un Rafael de Urbino, un Miguel Ángel, un Cervantes, fueron en su siglo parciales anticipados de modernas teorías, tiene que sucumbir, sin decirlo, á aceptar en un todo la filosofía moral del Cristianismo.

La filosofía abstracta, la de los sistemas, la de las hipótesis, la del idealismo, la de la manera de dirigir el raciocinio, ésa podrá tener tantos juicios cuantos sean los hombres que se dediquen á su cultivo, ya por medio de desvarios sobre desvarios, ya por medio de raciocinios sobre sutilezas, siempre cercados de contradicciones extrañas y hasta propias.

En llegando á tratarse de la filosofía práctica, la del hombre para consigo mismo, para con la familia y para con la sociedad, los sabios modernos se ven obligados á pensar como pensaban san Juan Crisóstomo, san Agustín y san Bernardo, acerca de la ambición, de la avaricia, de la crueldad, de la discordia, de la fortaleza, de la limosna, de la fraternidad, del engaño, de la gloria, de la gratitud, del honor, de la hipocresía, de la envidia, de la ley, de la libertad, de la nobleza, de la prosperidad, de la pobreza, de la servidumbre, de la soberbia, de la tribulación y de los vicios.

Tal es la fuerza, tal el poder y tal la verdad inmutable de la filosofía cristiana. Al punto que los filósofos ó pretensos filósofos moralistas modernos se apartan de ella, y contra ella levantan otras doctrinas, adonde se dirigen inevitable y horriblemente es al desvario ó á la maldad; los trastornos de las naciones, y los sangrientos cadáveres alumbrados por las llamas de los incendios, ó el fraude y la corrupción de todo género dominando en las sociedades, no habiendo amigo para amigo, ni honor para el honor, ni virtud para la virtud, son los pacíficos triunfos de los innovadores.

Pero ¿qué más? La pobreza es la señora de los pensamientos de los campeones de la nueva filosofía moral, como si la pobreza no fuera el más cariñoso de los objetos á que se dirige la enseñanza cristiana.

¿Qué nos dijeron nuestros filósofos? El pobre se asemeja á Dios; no se define por lo que es, sino por lo que no es; no por atributos y títulos que digan tener, sino siempre por los que hablen de siempre no tener. El *Omnis homo* del mundo es el dinero; el *Nullus homo*, el no dinero. El pobre

nació á fin de que el rico entienda para qué es rico. No puede ni debe existir contrariedad entre ambos. No juzguen los ricos que son sus mayores enemigos los pobres, ni los pobres vean lo mismo en los ricos. La justicia está de parte del pobre, y la misericordia de parte del rico, para que el rico haga lo que cumple á la misericordia, y el pobre le comunique al recibir la limosna lo que de justicia es suyo; esto es, que le admita á su derecho, que es el cielo. Los pobres representan la miseria humana y el sér del hombre en su natural, que el más rico nació desnudo; nos avisan de lo que puede acontcernos, nos enseñan lo que vale y puede dar de sí el mundo, la inconstancia de los bienes de fortuna, la falsedad de las noblezas. Más enseñanza nos ofrece un pobre acerca de las verdades divinas y humanas, que los actores en los teatros representando moralidades, ó los doctores en sus cátedras (1).

Los españoles tenemos una tradicional filosofía, cual corresponde al carácter severo de su pensamiento. Dentro del sistema católico se han anticipado á publicar ideas que un siglo ó dos despues han dicho algunos extranjeros que eran suyas propias, en tanto que otros, como Guizot, Schlegel y Viardot, no han visto en nuestra historia un solo filósofo digno de memoria.

Este incompletísimo bosquejo de la historia de la filosofía española desmiente, sin embargo, tales asertos, y los desmiente con testimonios no ménos verdaderos que gloriosos para nuestra patria (2).

A pesar de este desden de algunos sabios hácia España, todavía se lee en los escritos de sabios extranjeros el nombre de Raimundo Lulio, como enigma filosófico, deprimido por unos, ensalzado por otros; Ernesto Renan, Luis Figuier, Pablo Antonio Cap, Nourrisson y otros muchos hablan de sus escritos. Todavía se escriben libros acerca de Maimonides y de Averroes, como los de Adolfo Franck (3) y de Ernesto Renan; todavía se publica en lengua italiana la teología mo-

(1) «No examineis al pobre por amor de Dios, sobre si trabaja ó no, si está sano para ganarlo ó no, cuando no os toca por oficio y cargo de República. Aunque no tengo á mal decirles en secreto con mucho amor y caridad, con un término muy cristiano y recatado, con consideracion y advertimiento de no enojarle, que procure por amor de Dios, si puede, valerse de sus manos y trabajo, que lo haga, y deje la limosna para los imposibilitados de poderlo ganar. Yo cierto no me atreveria á ello, por parecerme no tengo talento ni habilidad para tanto; basta que venga en nombre de Dios y lo pida en nombre de Cristo.» (*Erudicion Cristiana*, por fray José Luquian; Tarragona, 1594.)

(2) Justísimo es consignar aquí que varios ilustradísimos españoles contemporáneos han procurado desvanecer este concepto, contrario á la honra patria y á los fueros de la verdad. El excelentísimo señor don Gumersindo Laverde y Ruiz, que ha publicado notables trabajos sobre filosofía española con excelente y docto criterio, dice en uno de ellos:

«No seria esto una erudita vanidad ni un trabajo de puro lujo, pues aún concediendo, lo que estamos muy léjos de conceder, que en el legado de nuestros mayores no pueda descubrirse ninguna luz nueva ni ningun olvidado gérmen del progreso, y aún admitiendo que toda su sabiduría se halle más ó ménos en las obras de los extranjeros modernos, aún así importa muchísimo abrir las fuentes patrias y beberlas en ellas, inspirándonos en el alma gigante de las generaciones que nos precedieron sobre el suelo ibérico, y reflejándola en todas nuestras producciones, para que España recobre su autonomía intelectual entre los pueblos que conducen de frente todas las ciencias.»

El señor don Luis Vidart, que ha publicado en 1866 un librito intitulado *La filosofía española, indicaciones bibliográficas*, lleno de oportunísimas noticias, ordenadas con recto juicio y nobilísimo entusiasmo patrio por nuestras glorias científicas, dice lo siguiente:

«Si nosotros tuviésemos ciencia bastante para formu-

lar un juicio sintético, quizá diríamos que las doctrinas racionalistas del maimonismo y del averroísmo aparecen como una condenacion filosófica de las religiones judaica y mahometana que profesaban sus autores; que, por el contrario, todos los escritores cristianos de la Peninsula, desde los tres santos doctores de la escuela de Sevilla, hasta Raimundo Lulio, que ha obtenido por la Iglesia el título de venerable, y desde Luis Vives, cuya sólida piedad merece los elogios de don Gregorio Mayans, hasta el padre Feijóo, tan enemigo de la supersticion como ensalzador constante de la verdad católica; todos los escritores españoles nacidos en el seno de la Iglesia, encierran sus especulaciones en el círculo trazado por el espíritu de la fe religiosa. Hasta en el mismo Miguel Servet, ya separado del catolicismo, domina de tal modo el elemento creyente, que prefirió la muerte á retractar ni una sola palabra de su profesion de fe cristiano-panteista.

»De todo lo que dejamos indicado en el curso de estos apuntes, se deduce que, en nuestro sentir, la filosofía ibérica es esencialmente dogmática.»

Por último, el ya citado señor Canalejas escribe lo siguiente, en sus curiosísimos y profundos *Estudios críticos de filosofía, política y literatura*; Madrid, 1872:

«Bastan estas ligeras indicaciones para demostrar que es hacedero tejer la historia de la filosofía española, y que si bien en sus páginas no se encontrarían nombres como los de Descartes y Leibnitz, aparecerían otros que pueden figurar al lado de filósofos muy considerados por la crítica moderna; y que si bien no se señalaria á nuestra España como cuna de una de aquellas transformaciones que llevan el nombre de Bacon, Descartes y Spinoza, se ofrecerian al hombre pensador rasgos originales, tendencias dignas de tenerse en cuenta en la historia del pensamiento humano, y preciosas indicaciones acerca de la vida y destinos de esta vigorosa nacionalidad.»

(3) «Son biographe mentione même des sermons contre Averroës. Il parait que ce qui révoltait surtout Raymond Lulle dans les doctrines des averroïstes de Paris, c'était la distinction de la vérité théologique et de la vé-

ral de Raimundo Sebunde, y Saint-Beuve habla de este autor al par de Montaigne; todavia Emilio Saisset escribe de Miguel Servet como filósofo y teólogo (1); el padre Bautain publica un libro basado en las doctrinas de santo Tomas y de nuestro doctor eximio Francisco Suarez, declarando que su *Filosofía de las leyes bajo el punto de vista cristiano* está tomada de estos dos hombres eminentes (2).

Los nombres del Tostado, de Luis Vives, de Melchor Cano, de Eusebio Nieremberg y de Suarez, se repiten con elogio por Alzog (3). El mismo Ernesto Renan trata honoríficamente á Luis Vives (4). Si Emilio Saisset y Alberto Lemoine, al hablar de Descartes, no mencionan á Gomez Pereira (5), Nourrisson siguió proclamando que en la teoría de ser los animales máquinas, precedió el filósofo español al francés (6). Washington Irving y Prescott han encomiado á fray Bartolomé de las Casas por sus ideas sublimemente humanitarias.... Pero ¿á qué seguir enumerando autores? La satisfaccion de todo buen español no puede ménos de ser cumplidísima al contemplar que aún en el mundo de los sabios se oyen los nombres de nuestros filósofos antiguos (7). Y con

rité philosophique, distinction que nous verrons relevée avec tant de chaleur par l'averroïsme italien de la Renaissance, et qui fut, depuis le xiii.<sup>e</sup> jusqu'au xvii.<sup>e</sup> siècle, le plastron de l'incrédulité. Lulle soutenait avec une décision, qui ne manquait pas de hardiesse, que si les dogmes chrétiens étaient absurdes aux yeux de la raison et impossibles à comprendre, il ne se pouvait faire qu'ils fussent vrais à un autre point de vue. Le rationalisme le plus absolu et les extravagances du mysticisme se succédaient comme un mirage dans les hallucinations dialectiques de ce cerveau troublé.» (Ernest Renan, *Averroës et le Averroïsme*.)

Véase á Luis Figuier, *L'Alchimie et les alchimistes*; Pablo Antonio Cap, *La ciencia, et les savants au xvi.<sup>e</sup> siècle*. Igualmente véase el libro así intitulado:

*Tableau des progrès de la pensée humaine depuis Thales jusqu'à Hegel*, par Nourrisson, 4.<sup>a</sup> edición, 1867.

«Il ne se pouvait d'ailleurs que le réalisme exagéré de Duns Scot n'appelât pas une réaction. Aussi, presque immédiatement apparaissent les tentatives aventureuses de Raymond Lulle et de Roger Bacon.... Alchimiste et philosophe, Lulle a laissé un nombre prodigieux d'ouvrages, parmi lesquels on mentionne notamment le *Grand Art*, système ingénieux, mais vide, qui devait permettre, par la combinaison de formules abstraites, d'arriver à la science universelle. *L'opus Majus*, dû à Roger Bacon, ne le cède en rien au *Grand Art* pour la hardiesse. C'est la même audace, transportée au champ de la spéculation dans le domaine de l'expérience par celui qui fut surnommé le Docteur admirable....» «Il est impossible de s'y tromper, il circule dans les écrits de Raymond Lulle et de Roger Bacon un souffle précurseur des temps nouveaux. L'âge d'or de la scolastique est passé: sa décadence commence.»

(1) *Philosophie et religion*; Paris, 2.<sup>a</sup> edición, 1869.

(2) *Philosophie des lois au point de vue chrétien*, par M. L. Bautain, ancien Vicaire général de Paris, Vicaire général de Bourdeaux, professeur de théologie morale à la Sorbonne (troisième édition); Paris, 1863.

En el prólogo dice el autor:

«Ceux-là seuls qui, pour expliquer l'origine et la portée de la loi, se sont placés au point de vue chrétien et dans la lumière de l'Evangile, ont pu remonter au principe véritable de la législation, au Législateur unique, qui peut seul produire et imposer la loi, et lui donner son autorité, sa force obligatoire et sa sanction. *Saint Thomàs d'Aquin et Suarez nous ont paru les plus remarquables de ces jurisconsultes, ou plutôt de ces philosophes chrétiens, et c'est à eux surtout que nous avons demandé la direction et la lumière dans la voie difficile ou nous*

*sommes entrés. Appuyé sur de tels guides, nous avons marché avec plus d'assurance.»*

En el capítulo primero escribe lo siguiente:

«Une autre chose nous soutient encore; c'est que dans ces études, nous avons de guides sûrs, des hommes éminents, qui marchent devant nous, *saint Thomas et Suarez*. Je préfère de beaucoup saint Thomas, je l'avoue, je le trouve plus synthétique et plus profond. *Suarez a moins de génie, mais il a encore une pénétration théologique très-remarquable; bien que la subtilité de son analyse l'entraîne parfois dans la diffusion. Nous profiterons de l'élevation de l'un et de l'abondance de l'autre.»*

Hablando de las leyes civiles en el cap. xi, se expresa así:

«Je dirai très-sincèrement ma pensée, qui du reste n'est pas la mienne. Je l'ai prise tout entière dans les ouvrages de saint Thomas et de Suarez, deux théologiens célèbres, l'un dominicain, l'autre jésuite, et ce qui étonnera sans doute ceux qui ne connaissent ces hommes illustres que de nom, et qui les jugent peut-être sur leur robe, ces deux grands théologiens, qui sont aussi de profonds politiques, ont posé et professé, dans le sujet qui nous occupe, des principes vraiment libéraux.»

(3) *Historia universal de la Iglesia*.

(4) Mais ses bévues suffiraient pour prouver que le texte est toujours resté fermé pour lui (Averroës). Un de ses ennemis les plus acharnés, Louis Vives, les a curieusement relevées.... Pour comprendre l'aversion que le peripatétisme averroïste inspirait aux beaux esprits de la Renaissance, il faut avoir connu par expérience ce style ériqué de mots barbares, ces discussions subtiles, cette prolixité insoutenable, qui sont les caractères de l'école averroïste. «Autrefois, dit Louis Vives, rien n'était plus charmant que la contemplation du jardin de cet univers, mais ceux-ci, au lieu d'arbres et de fleurs, y ont dressé des croix pour torturer l'esprit humain.... Toutes les déclamations des humanistes les plus acharnés contre la philosophie arabe pâlissent auprès de l'énergique dithyrambe de Louis Vives. Cette apostrophe, la plus rude, sans contredit, qui Averroës ait essayé, n'occupe pas moins de quatre pages in folio dans le traité *De causis corruptarum artium* (aquí el pasaje). — ERNEST RENAN, *Averroës et l'Averroïsme, essai historique*. Paris, 1861 (deuxième édition).

(5) *Descartes, ses précurseurs et ses disciples*, par E. Saisset. — *L'ame et le corps, études de philosophie morale et naturelle*, par Albert Lemoine.

(6) *Tableau des progrès de la pensée humaine*.

(7) En honra de la verdad hay que decir que más justos han sido y son los extranjeros con nuestros filósofos

igual satisfaccion y no menor gratitud presenciarnos el espectáculo de que un patricio de tan vivísimo talento, rica imaginacion y acrisolada originalidad como el señor don Ramon de Campoamor proclamase en el seno de la Academia Española que «el famoso entimema de Descartes *Pienso, luego soy*», está copiado de este silogismo de Gomez Pereira: *Lo que conoce es: yo conozco, luego soy* (1).

He llegado al término de mi propósito, que es trazar un bosquejo de la historia de la filosofía en España hasta nuestros días, comparada con la de los extranjeros; filosofía en que nuestros antepasados dieron muestras de su poderoso saber y de la riqueza de sus pensamientos, encaminados á dar paz y bien á las almas.

Jamas pudieron imaginar que la soberbia de los hombres aspirase á que cada progreso de la razon humana fuese la negacion de un dogma divino; en los pasajes que he trasladado se ha visto cómo el pensamiento español progresaba y adelantándose en mucho á los filósofos extranjeros, sin que en sus meditables sentencias se hallase nada contrario al cristianismo, sino ántes bien su propagacion más feliz y acertada.

El galardón que este trabajo merece, y que sentidamente y mucho deseo, es que sirva de estímulo para que algun eminente escritor, con juicio ménos engañable que el mio, y con más conocimiento de las obras de nuestros grandes filósofos, se anime á trazar una verdadera historia de ellos, empresa gloriosísima para nuestra patria.

No están dictadas por hipocresía ni por modestia estas palabras, sino por el desengaño y por el conocimiento propio. Escribo verdades, y entre las verdades ésta debiera ser la postrimera.

El amor patrio me ha obligado á vencer la persuasion de mi imposibilidad para trazar este bosquejo: sólo me alentó la memoria de lo que habia leído y el anhelo de que no se perdiesen con mi vida estas noticias.

Entregadas á los amantes de las ciencias españolas por medio de la imprenta, el ingenio, el criterio y la sabiduría de otros harán lo que no he podido dignamente hacer.

Sírvame esto de disculpa, si alguna cabe en tan atrevida empresa, donde la memoria, el sentimiento y el deseo han hablado, y hablado enérgicamente, y donde el criterio siempre se ha considerado muy débil para juzgar tan altas cosas y tan sublimes autores.

Cádiz, Abril de 1875.

ADOLFO DE CASTRO.

que con otros hombres eminentes de España. Ortigne, en su libro *La Musique à l'Eglise* (Paris, 1861), no menciona á español notable alguno; Menard, en el tratado *De la Sculpture antique et moderne* (2.<sup>a</sup> edicion, Paris, 1866), no cita á ningun escultor de nuestra patria; Celler, en *Les origines de l'opera* (Paris, 1868), tampoco menciona, al tratar de las córtes de Luis XIII y XIV, la influencia que el drama lírico español pudo tener en ellas.

(1) El autor de *El personalismo, apuntes para una flo-*

*sófia*, de las *Polémicas* y de *Lo absoluto*, á más de algunos preciosísimos poemas, filosóficos también, decia en su discurso de recepcion en la Academia: «Y si el dón de invencion es dón de forma, como dice Quintana, no le bastó á Gomez Pereira la fortuna de ser el inventor del *Pienso, luego soy*; pues la posteridad ha declarado á Descartes poseedor de buena fe de su *evidentísimo plagio*; y si Gomez Pereira tuvo la fortuna de la invencion, no tuvo la fortuna de que se le hiciese justicia.

## LUCIO ANNEO SÉNECA.

### JUICIOS CRÍTICOS Y CITAS NOTABLES.

#### I. — DE M. FABIO QUINTILIANO.

(*Instituciones oratorias*, libro x, capítulo 1.)

De intento he dejado para lo último á Séneca, varón versado en todo género de elocuencia, por la falsa opinion que de mí corre respecto á que yo le repruebo y áun aborrezco; y esto me sucede en el instante en que trabajo para restituir á su severidad antigua el corrompido estilo, estragado con todos los vicios. Además de que, casi sólo éste ha andado en manos de los jóvenes, y no era seguramente mi propósito quitársele, sino que no podía sufrir que lo prefiriesen á otros mejores, á quienes él no habia cesado de desacreditar; porque conociendo la diferencia de su estilo, desconfiaba de poder dar gusto á quienes ellos agradaban. Amábanle, pues, más de lo que le imitaban, y tanto se apartaban de él, cuanto él se habia alejado de los antiguos; porque de otra suerte, deberían desear hacerse iguales, ó á lo ménos acercarse á aquel varón. Pero agradaba solamente por los vicios, y cada uno se dedicaba á imitar los que podia, y despues, jactándose de decir como Séneca, le infamaban.

Por otra parte, sus virtudes fueron muchas y grandes, su ingenio claro y magnífico, su estudio muchísimo, y grande el conocimiento que tuvo de todas las cosas, en que, sin embargo, á veces fué engañado por algunos, á quienes él encargaba la averiguacion de ellas. Trató también casi toda la materia de estudios, pues andan en manos de todos sus oraciones, sus poemas, sus cartas y sus diálogos. En la filosofía es poco exacto, pero reprehende excelentemente los vicios.

Tiene muchas é ilustres sentencias, y muchas cosas que deben leerse para el arreglo de las costumbres; pero en la elocucion, por la mayor parte, es defectuoso, y su estilo es tanto más perjudicial, cuanto abunda de vicios halagüeños; porque se desearia que él hubiera escrito por su ingenio, pero por el juicio de otro; pues si hubiera despreciado algunas cosas, si se hubiera contentado con ménos, si no se hubiera pagado tanto de sus obras, y si no hubiera disminuido la gravedad de las cosas con conceptillos, hubiera merecido más bien la aprobacion universal de los eruditos que el amor de los muchachos.

Pero con este conocimiento pueden también ya dedicarse á su lectura los que ya tienen seguridad y suficiente firmeza en el estilo grave, aunque no sea más que porque puede servir para ejercicio del discurso por una parte, y por otra, porque muchas cosas se hallan en él dignas de alabanza, como he dicho, y muchas también dignas de admiracion, con tal que se tenga cuidado en elegir; lo que ojalá hubiera él hecho. Pues aquel natural que llevó á debido efecto todo cuanto quiso, merecia que su voluntad se hubiera inclinado á mejores cosas.

#### II. — DE LUCIO JUNIO MODERATO COLUMELA.

(*De Agricultura*, libro III, capítulo III.)

Pero ahora el campo de Nomento es sumamente célebre en este punto; sobre todo, las haciendas que en él posee Séneca, varón de excelente ingenio y ciencia; pues es constante que cada yugada le ha dado ordinariamente ocho cúleos de vino.